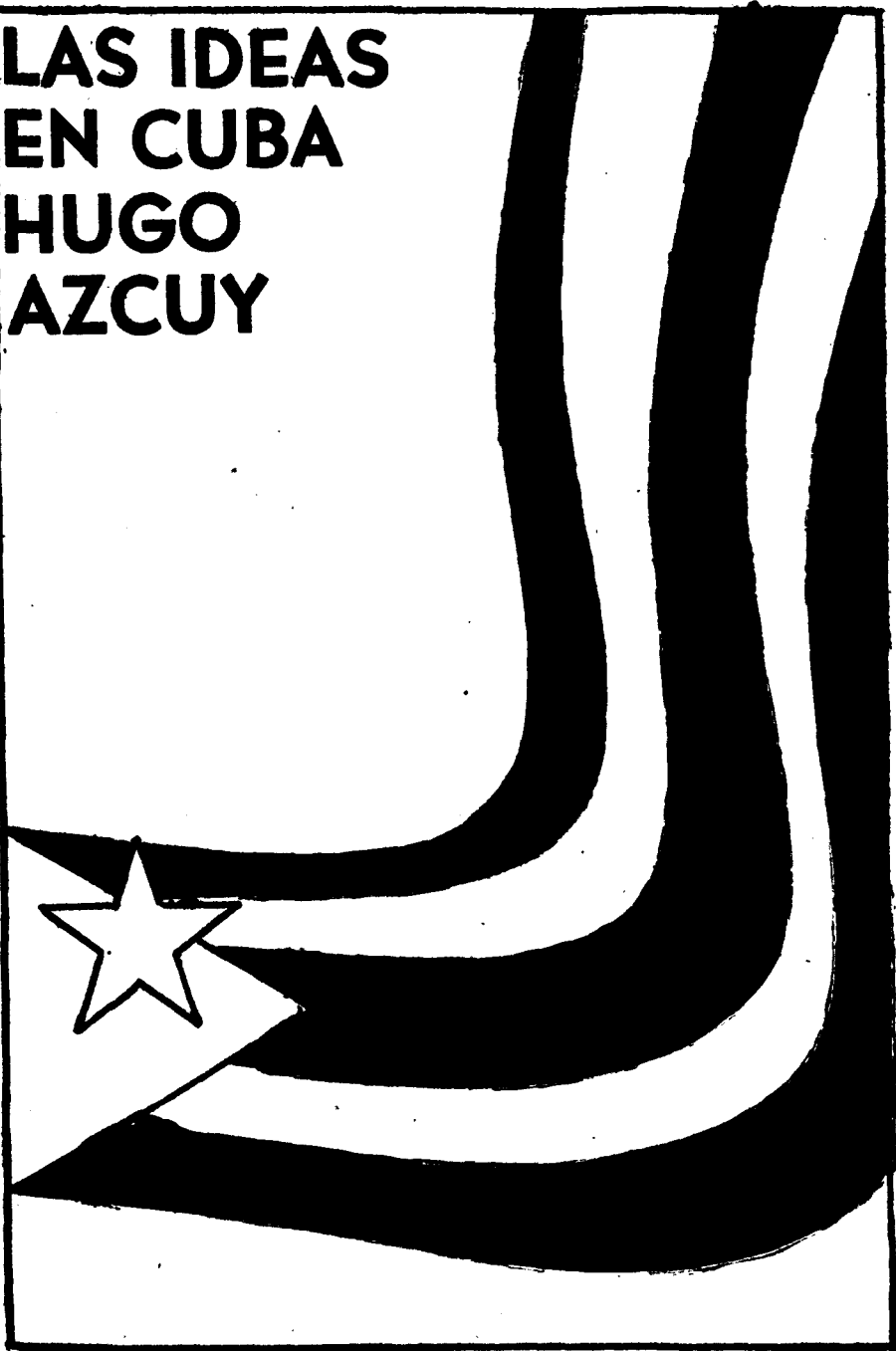


**LAS IDEAS
EN CUBA
HUGO
AZCUY**



NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE

Hay una frase famosa de E. J. Varona —reiteradamente citada por M. Vitier— que pretendía resumir el espectáculo mezquino de nuestros primeros años de república: «La colonia se nos viene arriba.» Se trataba, realmente, de que la colonia permaneció intacta. Su continuación incólume en el tiempo de la independencia fue resuelta cuando la guerra aún no había concluido, cuando la voluntad de pelea y separatismo seguía firme y el ejército español en jaque.

La gran revolución del 95, hay que decirlo, nació bajo signos prometedores. El balance crítico de un siglo de verdadera historia cubana —el XIX— está aún por hacer. Cuando se haga tendremos la comprensión profunda de nuestra excepcionalidad. Cuba alcanzó la expresión ideológica más lúcida y original de este continente a fines del siglo pasado, y, sin embargo, la gran contienda bélica que desató «borró» con una rapidez impresionante no sólo todo efecto posible de esa ideología sino, también, su contenido y estilo. La frustración fue temprana y además de liquidar la

posible realización del proyecto martiano, liquidó también al propio Martí. La república, que no era la suya, lo ignoró casi totalmente durante tres décadas y preparó el camino de su interpretación posterior: la de la inermia ideológica.

La centuria pasada es el marco de una lucha progresiva por cristalizar la nación y del regateo vacilante y mezquino de la clase dominante, la burguesía azucarera, por garantizar un *statu quo* que no podía ser nacional. Para los hacendados cubanos la perspectiva futura no se ubicaba nunca en un desarrollo interno del país; su negocio era producir para exportar. El futuro quedaba, pues, proyectado hacia un orden internacional que los funcionalizaba en un sentido muy definido. Su prosperidad y pujanza se situaba en un contexto de relaciones que no podía ser constreñido por fronteras «patrióticas». La guerra larga, la de los diez años, fue negocio y lección política para los hacendados. Si el liberalismo estaba de moda, y podía asumirse sin peligro de perturbación de la estructura productiva, enhora-

LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA

buena. Después del 78 el autonomismo se encargó de exacerbar su abstractismo y falso universalismo y de ofrecer, con ciertas prevenciones tácticas, una alternativa ideológica inocua para el régimen económico. Quedaba, así, por una parte, la visión profunda y revolucionaria de unos pocos (Martí, Gómez, Maceo) y, por otra, la apariencia de una continuidad de tradición patriótica. Se diría, una vez expulsados los españoles, que el objetivo de la guerra era estrictamente político y que este hecho lo consumaba. Y después: la república vegetal de casi tres décadas. sencillamente no pasó nada. El ideal revolucionario quedaba como recuerdo individual no confirmado por la memoria oficial.

La nación dormida no comenzó a despertar hasta finales de los años veinte. Pero ya con este lastre. Una vez más la posición revolucionaria fue arrinconada primero y escamoteada después. La mirada profunda y radical de las pocas figuras que resumen lo cimero de la revolución del 30, fue apartada, obnubilada por el medio neocolonial. El rescate de la cultura

nacional, animado en muchos casos por un noble propósito, se emprendía, así, bajo estos tristes auspicios. El orden social vedaba de nuevo el conocimiento de nuestra historia verdadera. Hay una deuda irrenunciable con el grupo de cubanos que entonces emprendió la recuperación de nuestro pasado cultural. Pero ya hoy el reconocimiento tiene que suponer el recuento crítico, porque es posible y la realidad lo exige. Nuestro único bochorno, en todo caso, no puede ser otro que el de no haber hecho prácticamente nada en este sentido, y tener aún que presentarnos en una incómoda y penosa desnudez. Es el caso de **Las ideas y la filosofía en Cuba** de Medardo Vitier, dos obras reunidas en un volumen y así reditadas por el Instituto Cubano del Libro con una nota introductoria que ha motivado la respuesta de Cintio Vitier en **Bohemia**.

La referida nota introductoria mezcla, de modo lamentable, problemas diferentes. Por una parte el propósito del autor y el valor cultural intrínseco de la obra; por otra, la distancia crítica con que tenemos que leer hoy un

NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE

libro como éste. Lo primero justifica su publicación y la de otros muchos libros cubanos que deben ser releídos y estudiados, y aquí hay un propósito encomiable. Lo segundo nos impone explicitar nuestros conceptos críticos sin prevenciones doctrinales ni aspiraciones asépticas que no ayudan a nadie.

Este y otros libros de Vitier han sido una indudable contribución a nuestra formación cultural. La expresión de una dedicación admirable y sostenida, a veces ingrata, por descubrir y mostrar los fundamentos intelectuales de nuestra nacionalidad, casi constantemente controvertida por la realidad neocolonial. A un hombre como él le hubiera bastado con su erudición humanística para medrar en su medio mezquino, sin tener que desenterrar e intentar explicar un pasado que a pocos interesaba. Tal obra es de por sí meritoria.

Tengamos en cuenta que a Vitier le interesa, sobre todo, el fenómeno ideológico-cultural, que es donde ve lo sustancial, lo permanente. Por tanto, hace un rodeo a nuestros más grandes hechos

del siglo: las guerras de independencia. Aquí ve sólo acción, epopeya de las armas, un tema interesante y valioso; pero no el suyo, que es el de las ideas. Aquí se muestra el primer rasgo esencial de su **interpretación** que no compartimos.

Vitier conoce el marxismo (pp. 72, 123, 124, etc.) y en múltiples ocasiones insiste en el carácter concomitante de las ideas (p. 121) con relación al contexto socioeconómico. Pero esta importante valoración se pierde entre sus prevenciones y su concepto de las minorías intelectuales como realizadoras de «todo adelantamiento» (p. 11; la idea recorre todo el libro). De hecho fija su vista en los textos y toma lo escrito en su expresión inmediata. La resultante es una línea continua, siempre igual a sí misma, que recorre todo el siglo.

Nos dice que hay épocas orgánicas y épocas críticas. Estas últimas son las que «... remueven, abaten, cancelan...»; todo nuestro siglo XIX forma una época crítica, de pasos lentos, firmes, continuos» (p. 12). Sin embargo,

LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA

al terminar la lectura nos queda una insatisfacción acerca de lo removido o cancelado.

Vitier capta una incongruencia fundamental para comprender la historia de nuestra ideología: «...la formación cubana se inicia con las normas de una cultura (la europea) que arribaba en el siglo XVIII a un punto de su madurez, mientras que aquí las cosas se distinguían por lo desigual de los aportes raciales, lo incipiente de la vida superior, la falta de coherencia histórica...» (p. 49). Esta observación, sin embargo, queda aislada y sin valor metodológico y teórico. Porque el autor, a pesar de su intención declarada, no logra rebasar el marco estricto de las ideas, y dentro de estos límites no es posible encontrar una respuesta al problema apuntado. El asunto queda obviado como una simple curiosidad. Se continúa con el método y la **concepción** que estaban en el **principio** de la obra: la búsqueda comparativa, el rastreo de los orígenes europeos del pensamiento cubano.

El carácter circular de esta posición epistemológica queda al descubierto en cuanto aparecen las primeras valoraciones políticas. Vitier sustenta una tesis muy difundida en nuestra historiografía: los «gérmenes» de la nacionalidad aparecen con las primeras obras escritas y los intentos de reforma que expresan una voluntad de ruptura con el contexto ideológico anterior a la última década del siglo XVIII. La nación va siendo forjada por los «cubanos prominentes» (p. 73) que producen la remoción del viejo orden intelectual. Eso justifica la importancia que concede a su explicación de la escolástica, con la que comienza su estudio sobre la filosofía en Cuba, y la demolición de la misma a fines del XVIII y comienzos del XIX. La nación resulta prefigurada por Caballero, Varela, Luz y las primeras instituciones reformistas. Hay que tener en cuenta que Vitier, acertadamente, no hace depender el valor de la cultura política cubana de su originalidad. Precisamente lo que pretende es encontrar sus fuentes o equivalencias europeas. Las consecuencias sal-

NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE

tan a la vista: sólo pueden distinguirse matices intelectuales según la mayor o menor influencia de una u otra corriente europea de pensamiento; pero las premisas ideológicas del siglo permanecen constantes, son ellas las que lo definen como una época crítica. ¿Cuáles son estas premisas?

Conjuntamente con las ideas en Cuba desde fines del siglo XVIII, Vitier hace una exposición del sentido predominantemente liberal del pensamiento europeo moderno. Selecciona sus aspectos fundamentales y los presenta en su coherencia teórica, como estructura subyacente que no tiene que ser necesariamente conocida para ser profesada. Ante nosotros desfilan estos temas, que después serán develados en el fondo, o la superficie, de los autores estudiados: la razón universal y abstracta, la inferencia deductiva, el derecho natural, el individualismo, el constitucionalismo político, la propiedad, el humanismo. Estos son los elementos unitarios y constantes que definen la ideología cubana del siglo: «La doctrina individua-

lista, que la legislación positiva traduce en régimen de garantías y de derechos humanos estatuidos, se halla, bien sea declarada, o bien implícita, en el P. José Agustín Caballero, en el P. Varela, en Saco, en los conspiradores, en la revolución de Yara (sobre todo en los discursos de sus asambleas), en la propaganda autonomista, en el movimiento que culminó en la guerra de 1895» (p. 91).

El problema metodológico e ideológico de tal interpretación no reside en que sea falsa, muy por el contrario nos parece que, dentro de ciertos límites, la investigación y sus resultados son rigurosos. Pero es parcial y omisa; la historia real, aquella que, según el propio Vitier, condiciona las ideas, queda marginada de la historia intelectual. Como consecuencia se pierden ciertas distinciones elementales y, también, la posibilidad, incluso, de una evaluación más profunda de algún pensador como José Martí.

Anexionistas, reformistas, autonomistas, independentistas, representan cosas muy distintas

LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA

en nuestra historia. Y no remitimos estas diferencias a consideraciones éticas. Precisamente lo contrario, la valoración igualitaria que hace Vitier se da como una reducción eticista de carácter abstracto (pp. 139, 167, etc). Claro que en la historia no hay finales preconcebidos y lo que empieza de una manera puede terminar de una muy distinta. Así, la frustración cubana del 98 rescribió nuestra historia y pocos años después, en la república de los manengues, serían los autonomistas los que harían algún espacio a los combatientes, pero no era por esto por lo que ellos habían combatido.

La retórica autonomista, con todos los elogios que merezca como tal (p. 157), no le sirvió a Martí para nada, que, en todo caso, si de antecedentes ideológicos se trataba, fijaba su mirada en los hombres de la guerra larga. Y hay que decir, además, que la diferencia entre el 68 y el 95 no consiste en la sola y simple afirmación de que en el primer caso se trataba de un «movimiento aristocrático» y en el segundo de uno de «raigambre

más extendida en las masas» (p. 126). El partido revolucionario cubano representaba el momento de mayor profundidad ideológica y política alcanzada en América Latina; precisamente: la ruptura con el liberalismo y la búsqueda de un camino propio, americano. Pero la **exegética** posterior convirtió a José Martí en el «apóstol de la independencia», en un místico, en resumen: en una figura inocua para la república neocolonial. Vitier se siente obligado a defender a Martí de las **nubes** en que forzosamente lo tienen que ver quienes se mueven en esa interpretación (pp. 178 y ss.) y dice que era «realista» porque se interesaba por las cosas prácticas e inmediatas, y pone como ejemplo su interés por las **cosas** de la industria y la agricultura. Con este enfoque disociativo no es posible percibir el verdadero realismo de Martí, que no es, por cierto, pragmático ni empírico, que no depende del llamado sentido práctico de las cosas, sino de su comprensión profunda, teórica, de la realidad latinoamericana en su conjunto, del papel del naciente imperialismo yan-

NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE LECTURA ● NOTAS DE

qui. Este es, sin duda, el momento culminante del pensamiento político cubano de la época.

El estudio de las ideas en Cuba tendrá que hacerse de nuevo, y será inevitable tener en cuenta lo escrito hasta ahora: bien por un propósito crítico, o por necesidad de inventario. Pero esta vez el estudio podrá y tendrá que ser integral, poner al descubierto las

claves de la comprensión de nuestra historia ideológica: sus motivaciones profundas, el porqué de las trasferencias culturales y su significado verdadero. Sólo así podrá cumplirse hoy con el justo reclamo de Cintio Vitier de que esta tarea se lleve a cabo «desde posiciones sustentadas con la misma seriedad con que ellos trabajaron».